

## **REVISTA “UNIVERSUM”**

**Universidad de Talca**

### **RODOLFO PHILIPPI Y EL DESIERTO DE ATACAMA**

**Jorge Núñez Pinto (\*)**

El presente trabajo fue presentado como ponencia a las VIII Jornadas de Historia de Chile realizadas en octubre del año 1989 en la Universidad Metropolitana y su objetivo es rescatar la obra y quehacer científico del insigne naturalista alemán: Viaje al desierto de atacama que fue publicado en 1860 y su reedición aún espera.

Rudolf Philippi inició la exploración del “despoblado” en el verano de 1854 comisionado por el gobierno de Chile interesado en evaluar las riquezas del desierto chileno. El relato revela a un observador minucioso y veraz que confirma la visión futurista que entonces existía sobre ese territorio, derivada de fuentes metalíferas supuestamente inagotables. Sin embargo, los depósitos de Nitrato motivaron en él juicios pesimistas, aunque la exploración industrial había comenzado promisoriamente, dando lugar a la controversia diplomática que finalmente provocaría el enfrentamiento bélico de 1879.

El mapa agregado al texto original -realizado por Guillermo Döll- aunque de valor geográfico discutible, fue incluido en la documentación oficial que Chile mostró para defender sus derechos históricos en el desierto atacameño.

El paisaje humano -indígenas y mestizos- descritos por Philippi nos informa la persistencia de núcleos prehispánicos en proceso de transculturización, pues su identidad inicial aún está presente en conductas cotidianas y en su perfecta adaptación al entorno desértico.

**(\*) Profesor Universidad de Talca**

En Diciembre de 1851 desembarcaba en Valdivia, Rudolf Amadus Philippi, naturalista y médico berlinés. Un año después, en virtud de sus antecedentes académicos, reconocidos en toda Europa, será nombrado miembro correspondiente de la Universidad de Chile y rector del Liceo de Valdivia. Junto a su hermano Bernhart Eumon, promoverá con entusiasmo la colonización alemana en la selva sureña.

En 1853 ejerció la cátedra de botánica y zoología en el plantel universitario y la dirección del Museo Nacional. En el desempeño de este cargo fue comisionado por el gobierno para realizar el reconocimiento del desierto atacameño y una evaluación de sus riquezas minerales, flora y fauna. Aves, mamíferos, reptiles, peces, crustáceos, insectos y

moluscos, en sus formas fósiles y vivientes, figuran en el minucioso catálogo junto a datos meteorológicos y “fenómenos ópticos”

La crónica del viaje testimonia la fiebre metalífera que entonces consumía a Copiapó. Su amistad con José A. Moreno y Diego de Almeida le convenció de una verdadera “cultura minera” en los confines del desierto.

Con lenguaje simple -a veces ingenuo y escolar- relata sus vivencias junto a arrieros y cateadores, la inmigración de argentinos que huyen de las “degollaciones” de Rosas, o se asombra ante las “apachetas”, la irrupción de la Fata Morgana, la resistencia física de los apires y los “pantanossecos de sal”.

El año 1860 aparece en Halle (Sajonia) la primera y única edición del **Viaje al Desierto de Atacama** dedicado al “Excelentísimo Señor Presidente de la República Don Manuel Montt”, precedido de un prólogo advirtiendo “el que busca descripciones poéticas, aventuras picantes hará mejor no abrir este libro; no contiene nada más que hechos desnudos, pero confío que éstos serán de algún interés, para el geógrafo y el naturalista a lo menos”.

El 22 de noviembre de 1853 zarpaba Philippi en el bergantín **Janequeo** desde Valparaíso para fondear el 29 en la bahía de Caldera. Desde allí iniciará un ciclo costero hasta Mejillones recorriendo la costa, árida y monótona, un paisaje que obviamente no motiva al naturalista: “la naturaleza parece un cadáver”, sentencia sombríamente. La observación acuciosa del litoral le descubre extensos “conchales” que prueban el “levantamiento del continente” dice. Hoy sabemos que son relictos de una comunidad que tempranamente ligó sus patrones económicos al mar.

La exploración misma del Despoblado se concretó en el verano de 1854, contando Philippi con la asesoría de su compatriota Guillermo Döll “ingeniero geómetra” destinado por el gobierno a lograr un mapa veraz y preciso de esa región, escenario luego de una larga controversia diplomática y bélica.

El espacio recorrido abarcó desde Taltal hasta San Pedro de Atacama y desde este pueblo a Copiapó. En varios trechos se aprovechó los caminos incaicos que intrigaban al naturalista desde su revisión de la cartografía colonial y coetánea que, por lo demás, critica agudamente en la relación. Aunque sólo permanecían restos del milenario camino sorprende la persistencia de la toponimia ya señalada en la carta de Andrés Baleato de 1793.

La presencia de los changos es minuciosamente descrita por el perspicaz viajero. Recolectores costeros en otra época, aún levantan sus toldos sobre huesos de ballena y navegan en balsas de cueros de lobo marino, descritas ya en 1553 por Pedro Cieza de León. La imposición cultural hispánica es visible, incluso en la dieta. Philippi destaca el uso del

castellano y su catolicismo formal, aún cuando “no hay matrimonios verdaderamente entre esta gente”.

La atracción de las minas y el salario es muy fuerte y el intercambio con los atacameños ha desaparecido. El congrio seco, objeto de trueque con oasis y valles del interior, ahora sólo sirve para obtener unas libras de coca. El proyecto del Gobernador Ambrosio O'Higgins en orden a crear una empresa pesquera en el Mar del Sur, aprovechando la vocación marinera de los changos, quedó sepultado bajo torrentes de oro, plata y cobre.



*Tolderías de Changos, junto a un pozo de agua dulce en Paposo. Los caprinos -de origen europeo- se adaptaron fácilmente a las condiciones del desierto costero. (Grabado de R. A. Philippi.)*

Los atacameños -otro relicto étnico- fueron contactados por Philippi en la región altiplánica, observando que su “color es mucho más oscuro que el de los europeos pero no de color de cobre, como se describen, en los manuales, a los naturales de América”.

Diseminados en San Pedro de Atacama y pueblos periféricos, en número no superior a cuatro mil, conservan su idioma nativo, desplazado ya de Chiuchiu y Calama por el castellano. Un breve vocabulario atacameño -aimara - quechua - mapuche, cierra esta sugestiva noticia lingüística.

San Pedro de Atacama -a mediados del siglo- mediatiza el comercio entre Cobija y las comarcas argentinas de Salta, Jujuy y Tarija; el único cultivo estable es la cebada para

las mulas y un tercio de la población se ocupa en la “arriería”... y el contrabando. El ganado vacuno -observa el autor- viene desde el norte trasandino, ruta de abastecimiento que se prolongará, sin variaciones, hasta el auge industrial salitrero.

La estructura sociopolítica de la comunidad refleja la ideología imperial del Incario: el pueblo está dividido en cinco Ayllu, con sus respectivos alcaldes.

Una excursión al pueblito de Calama revela a Philippi los petroglifos del “camino de las pintadas” que supone señalan las “grandes cazas” que los incas realizaban periódicamente en las provincias andinas; con seguridad alude a los “chacos”, lugares donde se efectuaba una matanza selectiva de vicuñas para aprovechar la carne y lana destinadas a la élite. En el mapa adjunto figuran un toponímico con esa denominación.

Investigaciones recientes dan una antigüedad de 3000 - 2000 a.C. a sitios de cazadores - recolectores, creadores de esta expresión rupestre, rica en estilos y demostrativa de una comunidad ecológica anterior al invasor incásico.

El entorno, señalado por la sequedad y la apetencia obsesiva de agua, no impide al ilustre sabio especular sobre la posibilidad de hacerlo cultivable. A cada página anota el esfuerzo de lugareños para introducir higueras o perales, en quebradas y pozos.

En San Pedro de Atacama, el algarrobo (o yuli) y el chañar (o cocho) alimentan a campesinos y animales, aunque los frutales europeos se han adaptado perfectamente al medio. El cuadro alimentario incluye maíz, calabaza, papas y porotos y, sin duda, sostuvo otrora un nivel poblacional alto en base a una horticultura de vegas y circuitos de intercambio con la costa y el altiplano.

Muchas veces el autor manifiesta su extrañeza ante ruinas de residencias y fortalezas: ¿Qué motivos podrían haber tenido para levantar casas en un lugar tan triste y absolutamente desprovisto de recursos? se pregunta, Philippi. La paleoecología tendría una respuesta precisa ahora.

Philippi visitó la hacienda de Paposo, perteneciente a la familia Gallo y entonces destinada al talaje de mulas, cabras y vacunos. El ciclo provocado por las nieblas marinas, intuye, explicaría este vergel costero: “dichas neblinas producen los manantiales y la vegetación particular de que he hablado extensamente”. Experiencias similares fueron implementadas por culturas preincaicas en la costa peruana, justamente, para valorizar las lomas aledañas al mar.

Las conclusiones son pesimistas en cuanto a la funcionalidad de aguadas y puquios para integrar suelos supuestamente productivos, aunque admite que las cañadas de la costa pueden aumentar el cultivo de frutales y hortalizas.

La desolada comarca, sin embargo, escondía una riqueza que prometía ser inagotable. Desde 1829, cuando se descubre plata a tres leguas de Copiapó, los legendarios cateadores recorren el Despoblado en busca de vetas y reventones. En 1832, Chañarillo y en 1848, Tres Puntas, abren el ciclo argentífero. Philippi, conoció esta última explotación y el pueblo aledaño, bullendo de “tiendas, picanterías, pulperías, etc... y mucha pobrería”.

La excitación y lo efímero marcaba el tono vital de los asentamientos mineros; lograr una módica fortuna y partir, es el afán cotidiano. Nadie ha pensado en levantar una capilla o un cementerio.

Los métodos de explotación no han variado desde la Colonia. Los apires sacan el mineral y el desmote en capachos de 150 a 180 libras, con un promedio de veinte y tantos viajes diarios desde los socavones, para ser depositados en hornos de fundición introducidos por los conquistadores o modificados de similares nativos.

Los minerales de cobre no difieren mayormente: San Bartolo, El Salado y Las Animas muestran también el arcaísmo del laboreo y el patetismo del paisaje. Las minas de Chuquicamata “no se trabajan desde que los hornos de fundición han concluido con toda la leña de los contornos, que eran principalmente de algarrobo”

Philippi menciona la serranía del Indio Muerto al interior de Chañaral, como depósito de platay cobre, identificable con El Salvador o Potrerillos, hoy.

Los fenómenos ópticos, propios del desierto -que llama Fata Morgana- los describe en términos ingenuos, casi infantiles, graficándolos en pequeñas viñetas. Al parecer el científico nunca vio antes un espejismo.

Los inmensos depósitos de sales no conmovieron al riguroso sabio, manifestando su pesimismo sobre la existencia de salitre; en cambio dedica dos amenas páginas al “hierro meteórico” que conoció cerca de Imilac, proveniente -lo supone- de un gran meteoro.

## CONCLUSIONES

La exploración del desierto de Atacama fue un aporte significativo al conocimiento de la naciente república y entregó una evaluación científica del entorno que, con limitaciones comprensibles para su época, es un catálogo interesante para etnohistoriadores, geólogos y arqueólogos.

El mapa del ingeniero Döll es un producto cartográfico construido sobre intuiciones más que observaciones instrumentales; valioso por su toponimia carece de datos orográficos y omite inexplicablemente detalles paisajísticos obvios (río Loa, Salar de Imilac...). Sin embargo, en la descripción de Philippi se rectifica el mapa de Bolivia, publicado en 1843, que ubica al río Salado inmediato a Paposo. Los cartógrafos bolivianos

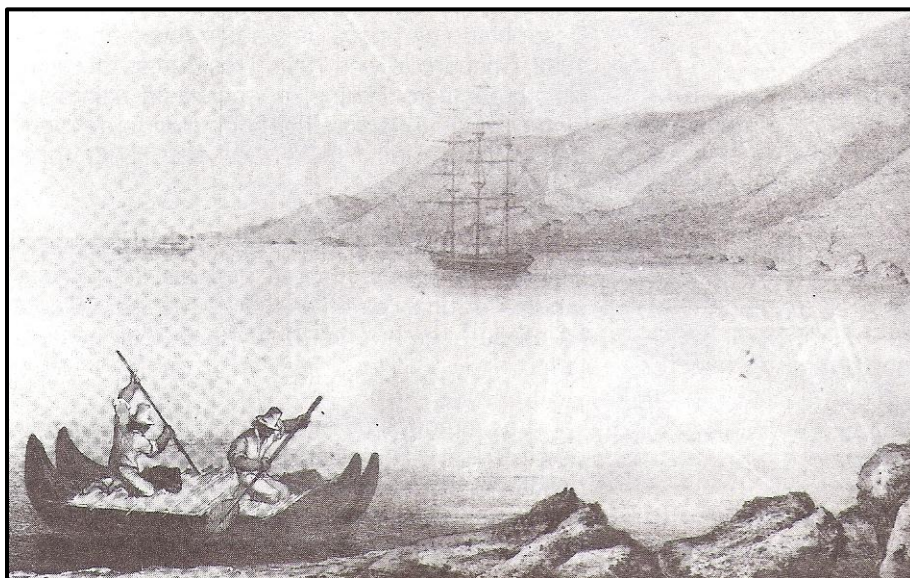
confundieron la quebrada de Guanillo con esa corriente intermitente situada en la latitud de Chañaral, un grado al sur.

Esta argumentación sería largamente debatida por Chile y Bolivia durante el conflicto diplomático limítrofe, que culminaría en 1879.

El paisaje humano adquiere una dimensión nueva en este ensayo breve y apasionante. La aculturación y el mestizaje emergen nítidos en apires, arrieros, pescadores e indios. Todos ellos sumergidos en la trama del azar y el oro fácil.

El futuro del país atacameño Philippi lo vio sostenido en una infraestructura minera que debía generar progreso y prosperidad. “Doy por entendido -sentencia- que se pensaría únicamente en tales empresas si se verificase un día en el centro del Desierto el descubrimiento de minas de metales preciosos de una riqueza fabulosa, porque sin ello nadie pensaría en tales empresas”.

Premonitorias palabras de un visionario casi olvidado.



*Changos en las cercanías del establecimiento minero. El Cobre; tripulan la balsa de cuero de lobo, elemento distintivo de su cultura. (Grabado de R. A. Philippi.).*